

CAPÍTULO XXXIII. *En que se contiene una carta que el santo obispo fray Juan de Zumárraga escribió al capítulo general, celebrado en la ciudad de Tolosa de Francia*



UY REVERENDOS PADRES: SABED que andamos muy ocupados, con grandes y continuos trabajos en la conversión de los infieles, de los cuales (por la gracia de Dios) por manos de nuestros religiosos de la orden de nuestro seráfico padre San Francisco, de la regular observancia se han bautizado más de un millón de personas, quinientos templos de ídolos derribados por tierra y más de veinte mil figuras de demonios que adoraban, han sido hechas pedazos y quemadas. En muchos lugares están edificadas iglesias y oratorios, y en muchas partes levantadas en alto y adoradas de los indios, las armas resplandecientes de la santa cruz. Y lo que pone admiración es que, antiguamente en su infidelidad, tenían por costumbre en esta ciudad de Mexico, cada año, sacrificar a sus ídolos más de veinte mil corazones humanos; y ahora no a los demonios, mas a Dios son ofrecidos con innumerables sacrificios de alabanza, mediante la doctrina y buen ejemplo de nuestros religiosos; por lo cual, al mismo solo Dios sea honra y gloria, el cual es adorado con reverencia en aquellos lugares por los niños, hijos de estos naturales. Hacen muchos de éstos algunos ayunos, disciplinas y continuas oraciones, derramando lágrimas y dando muchos suspiros. Muchos de estos niños y otros mayores saben bien leer, escribir y cantar, y hacer punto de canto. Confiéanse a menudo y reciben con mucha devoción el Santísimo Sacramento del altar, y con grande alegría predicán la palabra de Dios a sus padres, industriados para ello de los religiosos. Levántanse a media noche a maitines, y dicen el oficio entero de nuestra señora, a quien tienen muy particular devoción. Acechan, con mucho cuidado, adonde tienen sus padres escondidos los ídolos y se los hurtan, y con fidelidad los traen a nuestros religiosos; por lo cual algunos han sido muertos, inhumanamente, por sus propios padres; más bien coronados en la gloria con Cristo. Cada convento de los nuestros tiene otra casa junto, para enseñar en ella a los niños, donde hay escuela, dormitorio, refectorio y una devota capilla. Son estos niños muy humildes y obedientes a los religiosos y ámanlos más que a sus padres, y tratan verdad con ellos. Son castos y muy ingeniosos, especialmente en el arte de pintura, y han alcanzado buena ánima con Dios; bendito sea él por todo. Entre los frailes más aprovechados en la lengua de los naturales, hay uno particular, llamado fray Pedro de Gante, lego. Tiene diligentísimo cuidado de más de seiscientos niños. Y cierto, él es un principal paraninfo, que industria los mozos y mozas, que se han de casar, en las cosas de nuestra fe cristiana, y cómo se han de haber en el santo matrimonio; e industriados los hace casar en los días de fiesta, con mucha solemnidad. Para la manutención, y doctrina de las mozas, envió de España la serenísima emperatriz doña Isabel, seis mujeres honradas, castellanas, avisadas y prudentes, y mandó, por sus cé-

dulas, que se hiciese una casa, tan grande y cumplida que las mismas mujeres recogidas, viviendo debajo del amparo y favor del obispo, pudiesen tener y enseñar mil doncellas, que viviesen honestamente. Y así, por una admirable manera, se convierten a la santa fe católica los indios; y las doncellas aprenden los primeros rudimentos de la fe, de las mujeres honradas; y los indios de varones religiosos. Después, ellos y ellas enseñan a sus padres gentiles, lo que aprendieron; por lo cual parece haber dicho de ellos el profeta David:¹ De la boca de los niños y de los que aún maman, hiciste, señor, perfecta tu alabanza. Cristo sea salud de vuestras reverencias, a quien suplico yo humildemente rueguen, que lo que él ha comenzado, por su clemencia lo acabe. De Mexico, doce de junio de 1531 años.

CAPÍTULO XXXIV. *De la noticia que se tiene del cuerpo de este santo obispo fray Juan de Zumárraga, y de las cosas maravillosas que sucedieron en su descubrimiento*



A NOTICIA QUE SE TIENE DEL CUERPO de este varón de Dios, primer obispo de Mexico, es en esta manera: más de treinta y cinco años después de su bienaventurada muerte quisieron bajar el suelo y gradas del altar mayor, donde estaba enterrado, porque eran muchas y estaba alto; había servido en su juventud y mocedad, al dicho obispo, Pedro de Nava, hijo de padres nobles y principales de la misma ciudad, y aficionado a las cosas de la iglesia, estudió y se ordenó de misa, y por su mucha virtud y honradas calidades, llegó a ser canónigo de la misma santa iglesia de Mexico; y siéndolo en esta sazón, y habiendo servido al santo y habiéndolo tenido más por padre (el tiempo que le sirvió) que por amo y señor, habíale cobrado un amor muy entrañable, y ayudaba a este particular amor haber visto en él siempre muchas de las cosas que de su santa vida quedan referidas, como quien sabía las interiores de su recámara, donde hacía el santo obispo mucha de su continua y áspera penitencia; y como en esta ocasión la vido muy ajustada a su deseo, le tomó gana de querer ver el cuerpo santo, por satisfacerse de cómo estaba, pareciéndole que tan singular vida como la suya debía de estar galardonada con algún particular don concedido a su bendito cuerpo. Y con estas ansias de verle se concertó con otro clérigo, llamado Alonso Ximénez, que a la sazón era sacristán, y después llegó a ser racionero de la misma iglesia, y después fraile en la religiosísima orden de mi padre San Francisco, y juntamente llamó el dicho canónigo a otro hermano suyo, llamado Alonso de Nava, que por ser para esta tan santa obra, prestó muy alegre consentimiento; y concertados los tres fueron aquella noche, algo a deshora, con muy grande recato, y llevando azadas para el caso, comenzaron a cavar porfiosamente, a quien más

¹ Psal. 8.